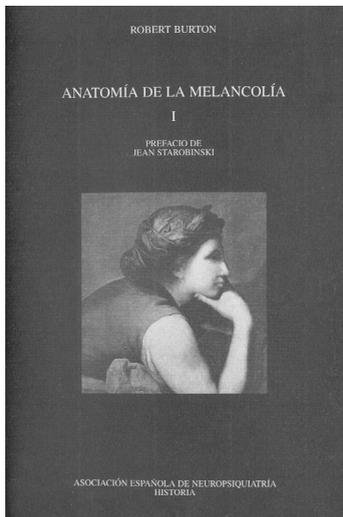


MELANCOLÍAS

Raquel Álvarez

ROBERT BURTON, *Anatomía de la melancolía*, Madrid, AEN, 1997-2000, 3 vols., 462, 276 y 473 pp.



Es esta la primera edición completa en castellano, y en lengua no inglesa, que se presenta de la gran obra filosófico médica del siglo XVII, la *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton. La edición contiene todas las piezas introductorias de la obra, abundantes, como veremos, y el frontispicio gráfico con la imagen de Demócrito el Joven— en la parte superior y del autor —Demócrito el Joven— en la inferior, y las representaciones de los celos, la soledad, el enamorado, el hipocondríaco, el supersticioso y el maniaco, muestras de estados melancólicos, así como la imagen de dos plantas relacionadas con el tratamiento con drogas de esta enfermedad, la borraja y el eléboro, rodeando el título de la obra, conciso y claro. Pero nos ofrece además la edición un valioso regalo, un prefacio de Jean Starobinski, pensador, filósofo y gran conocedor de la obra de Burton: «Habla Demócrito. La utopía melancólica de Robert Burton». Se añade, además, una pequeña nota sobre Robert Burton de los editores, Fernando Colina y Mauricio Jalón, que nos han demostrado a lo largo de los volúmenes de esta colección su dedicación en la búsqueda y publicación de obras poco

difundidas pero muy interesantes para la psiquiatría. Obras que, en ocasiones, se apartan de las lecturas más comunes, pero que suelen ser apasionantes y enriquecedoras. En este caso se añade el gran interés que tiene una obra única del siglo XVII, que recoge prácticamente todo lo importante e interesante que se había dicho hasta el momento sobre ese «estado» tan difícil de definir, tan amplio y ambiguo, como todo proceso mental cargado de tonos afectivos y que posiblemente todos conocemos en algún grado: la melancolía. Esa melancolía que puede ser un estado pasajero, un temperamento personal, una enfermedad llamada depresión. Sobre ese estado, temperamento o enfermedad escribió ampliamente, largamente el clérigo y bibliotecario Robert Burton. Recordemos, además, que esta obra tuvo un enorme éxito en el mundo anglosajón, con cinco reediciones sucesivas entre 1621 y 1651, año en que apareció una póstuma. Sin embargo no fue traducida de forma completa a otros idiomas hasta muy tarde, hasta el siglo XX. Y esta edición en castellano, que se basa en la primera edición crítica inglesa —también del siglo XX, Robert Burton, *The Anatomy of Melancholy*, ed. Thomas C. Faulkner, Nicolas K. Kisslong, Rhonda L. Blair, 1989— es la primera completa en otro idioma diferente al inglés, adelantándose a la francesa.

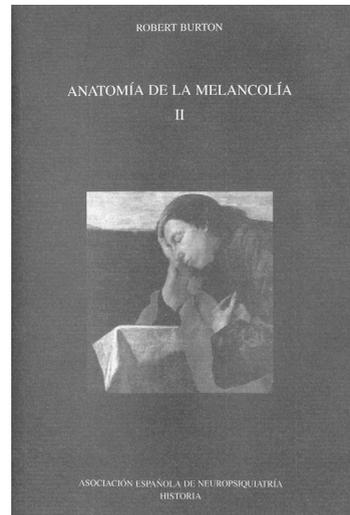
Hemos dicho antes que las piezas introductorias, antes de que comience realmente el texto del discurso de Burton sobre la melancolía, son muchas y extensas. Además del poema sobre el argu-

mento de la portada, está el que dedica Demócrito a su libro, un «Resumen de la melancolía por el autor», epigrama latino de diez versos que apostrofa, cada uno a su tiempo, al filósofo que llora — Heráclito— y al filósofo que ríe. Y por fin el extenso escrito, de casi noventa páginas, de un nuevo y joven Demócrito —un filósofo que ríe— al lector. Un prefacio satírico en la mejor tradición menipea. Una justificación de Burton de su obra y su uso de una identidad usurpada aunque confesada. Comienza, pues, diciendo: «Amable lector, supongo que sentirás gran curiosidad por saber qué bufón o actor enmascarado es el que se presenta tan insolentemente en este teatro del mundo, ante los ojos de todos, usurpando el nombre de otro». Sólo después de esta larga reflexión comienza la primera parte de su extenso y enciclopédico trabajo. Enciclopédico al estilo de las grandes recopilaciones renacentistas, pero al mismo tiempo ordenado perfectamente en Secciones, Miembros y Subsecciones que van tratando cada aspecto que Burton considera esencial en el estudio de la melancolía, siguiendo el modelo clásico de, por ejemplo, las causas naturales y las causas no naturales o preternaturales.

La primera parte de la obra se compone de tres «Miembros» que se dividen en cinco «Subsecciones». Se trata de analizar las características del hombre con sus excelencias y sus debilidades y enfermedades, fundamentalmente las de la cabeza —desvarío, locura, frenesí, hidrofobia, licantrópía, baile de San Vito, éxtasis— y la última Subsección sobre la Melancolía: «Melancolía en disposición, llamada así impropia».

Burton explica que las enfermedades mentales tienen su asiento en la cabeza, pero que varían mucho dependiendo de la división de la cabeza que afectan. Las enfermedades externas no interesan en este caso, pero sí las internas —de las «pieles del cerebro», las meninges; y sobre todo las de los nervios, las de los «excrementos del cerebro» o «las que pertenecen a la sustancia del cerebro mismo, entre las que se conciben el frenesí, el letargo, la melancolía, la locura, la debilidad de memoria, el sopor o coma, la vigilia y el “coma de vigilia”», como explica en la página 139 del primer tomo. Y dentro de ellas separa especialmente las que, dice, «Laurens llama enfermedades mentales», y Hildesheim, «enfermedades de la imaginación o de la razón dañada», que son tres o cuatro: el frenesí, la locura, la melancolía, y el desvarío y sus tipos (hidrofobia, licantrópía, baile de San Vito, posesión demoníaca) Burton cita a muchas autoridades de todo tiempo, es meticuloso en sus análisis y explicaciones pero es claro en sus explicaciones. La edición, por otra parte, contiene abundantes notas que permiten identificar personajes y textos a los que corresponden las citas, o, incluso las relaciones de las expresiones de Burton con otros textos. Se ha realizado en este sentido, una extraordinaria labor.

Burton considera que la melancolía, cuando se trata de una «disposición», «es una característica inherente al hecho de ser criaturas mortales», un estado al que nadie puede sustraerse, incluso el hombre que es feliz. Pero el problema es cuando perdura, actúan las pasiones y se convierte en «hábito» hasta llegar a ser enfermedad. Según las características de cada uno, su temperatura corporal o la resistencia de su alma racional podrá resistir más o menos y la afectación será mayor o menor. Y de esa melancolía va a tratar a lo largo de sus apasionantes escritos: «La melancolía de la que vamos a tratar es un hábito, una enfermedad crónica o continua, un humor establecido, como la llaman Aureliano y otros, no errante,



sino fija. Y puesto que ha estado aumentando durante mucho tiempo, habiéndose así desarrollado ya como hábito —agradable o doloroso— será difícil de eliminar», como dice en la página 146.

Después de esta primera aproximación a lo que entiende por melancolía hace Burton una digresión para hablar de «anatomía». Como dice Starobinski, «anatomizar» en el Renacimiento, quizás por la gran influencia de los nuevos libros y observaciones anatómicas del momento, el gran impacto de Vesalio y otros, era exponer las cosas abiertamente, al desnudo, a la luz, claramente. La anatomía, dice Starobinski, descompone y expone. Más tarde, en la Ilustración, se hablará de análisis. Burton considera que no está de más, antes de entrar de lleno en la melancolía hablar de todo lo que con ella se relaciona, hablar de la anatomía del cuerpo y de las funciones del alma, de manera de tener una buena base para comprender lo que vendrá después. Una vez hecho esto puede ya comenzar por definir la melancolía. «El nombre se impone a partir del tema, y la enfermedad se denomina a partir de la causa material (...) de la cólera negra». En realidad recoge las opiniones de quienes tienen o han tenido autoridad en la materia, sea Galeno o Fracastoro, y así la define como una serie de autores la definen, como «un tipo de locura sin fiebre, que tiene como compañeros comunes al temor y a la tristeza, sin ninguna razón aparente», aunque señala que hay estudiosos que no la aceptan.

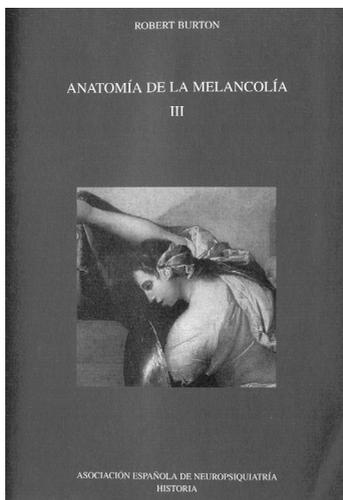
La segunda Sección del libro se dedica al estudio de las causas de la melancolía a lo largo de más de doscientas páginas en las que encontraremos todas las posibilidades, desde Dios como causa, los brujos y magos, los astros, la edad, los padres y la situación de la reproducción. Y siguiendo el esquema clásico, las causas naturales y no naturales, revisando desde la dieta hasta las tragedias personales.

La Tercera Sección trata de los síntomas o señales de la melancolía y por fin la Cuarta, del pronóstico de la enfermedad.

En su definición sintomática general Burton es fiel al aforismo 23° del libro VI de los *Aforismos* de Hipócrates: «Si la tristeza y el llanto duran largo tiempo, tal estado es melancólico».

Veamos un párrafo en que indica la variedad que pueden tener los síntomas de la melancolía, y en el que se ve claramente su forma de escribir y concebir su trabajo, cargado de citas, apoyándose siempre en las autoridades de todo tiempo. Dice Burton: «Los síntomas son, por tanto, o universales o particulares a las personas y a las especies», dice Gordon (*Lilio de medicina*, cap. 19, part. 2); «algunas señales son secretas, otras manifiestas; algunas corporales, otras mentales, y varían de forma diversa, de acuerdo con las causas internas o externas» (Capivaccio); o proceden de las estrellas (de acuerdo con Giovanni Pontano), *De rebus caelestis*, libro 10, cap. 13), y de las influencias celestes o de los humores mezclados de formas diversas (Ficino, *De sanitate tuenda*, libro 1, cap. 4). Dependiendo de si son calientes, fríos, naturales, no naturales, en aumento o en disminución, Accio considera una variedad de signos melancólicos. Laurens los

adscribe a sus diversas temperaturas, deleites, naturalezas, inclinaciones, continuidad en el tiempo, según sean simples o mezclados con otras enfermedades; y, puesto que las causas son diversas, igualmente los signos deben ser también infinitos (Altomari, *Ars médica*, cap. 7). Y del mismo modo que el vino produce efectos variados, o la hierba llamada «tortocollo» por Laurens, «que hace reír a algunos, a otros llorar, a algunos dormir, a otros bailar, a algunos cantar, a otros aullar, a



algunos beber, etc.», así, este humor melancólico nuestro produce diferentes señales en distintos individuos», como dice en la página trescientos sesenta y siete del tomo primero.

En cuanto a «Los pronósticos, o señales de lo que está por venir, son buenos o malos. Si esta enfermedad no es hereditaria y se coge al principio, hay buenas esperanzas de curación, dice Avicena (libro 3, fen. 1, tr. 4, cap. 18)», y eso dice y argumenta Burton en las páginas siguientes.

Este primer volumen es el corazón de la obra. El segundo tomo está dedicado a la curación de la melancolía. Su importancia esencial radica en los aspectos médicos, éticos y terapéuticos que se planteaban frente a la alteración de la bilis negra. Paso a paso —«Miembro» a «Miembro»— se revisan todas las posibilidades de tratamiento, desde la apelación a los santos hasta las drogas. Por su revisión pasan la dieta, el aire, el ejercicio, los amigos, la música y otros aspectos de la vida que se pueden corregir para mejorar el trastorno. También analiza las situaciones especiales en que se puede dar la melancolía, como las minusvalías, la pobreza, la pérdida de libertad, el dolor por la muerte de los amigos y muchas otras. Las cuarta y quinta secciones del libro tratan «De la medicina que cura con medicamentos» y de «Los simples apropiados para la melancolía» así como de otros métodos, como la sangría.

El tercer tomo culmina este discurso médico y filosófico sobre la melancolía dedicando sus páginas, fundamentalmente, a la melancolía amorosa. Reflexiones amplias sobre el amor y sus distintas formas, sobre todo el «amor heroico» tal como se consideraba en el renacimiento y barroco, su sentido, sus matices y características, los celos y como se convierte o puede convertirse en causa de melancolía. En la Subsección II, «De cómo el amor tiraniza a los hombres. El amor o la melancolía heroica», apela Burton a Virgilio y comienza diciendo «Habéis oído ya cómo este amor tirano exalta a las bestias y a los espíritus. Consideremos ahora las pasiones que provoca entre los hombres». «Ímprobo amor, ¿a qué límites no fuerzas el corazón de los hombres?». Las pasiones que se desatan pueden ser lógicamente clara causa de la melancolía. Burton, a quien nada se le escapa, también analiza las soluciones posibles para esta «especie» de melancolía.

La última parte del libro está dedicada a otra, para él, de las posibles melancolías, depresiones especiales, pasionales, la melancolía religiosa. En este caso, afirma, no hay modelos ni escritos médicos sobre el tema. Todos, nos dice, se refieren a la melancolía religiosa como un síntoma, pero no como una «especie» melancólica. Él lo hará, y, como siempre, se referirá a sus características, sus causas, sus síntomas, su pronóstico y la forma de curarla. Pero hay una segunda parte que habla, curiosamente, de la «melancolía religiosa por defecto», la que sufren los «epicúreos, ateos, hipócritas, individuos seguros de sí, lascivos, todos los impíos y pecadores impenitentes, etc.». En este caso, desgraciadamente, el pronóstico es muy malo. En la mayoría de los casos, nos indica Burton, se produce un estado de desesperación que suele terminar con la muerte.

Nos encontramos, pues, con una enciclopedia de sorprendente erudición en que se abarca todo lo que se ha dicho y puede decirse de algo tan complejo y amplio como la melancolía, que comprende desde un humor, un estado de ánimo pasajero, hasta una profunda depresión que condiciona la vida entera en todos sus aspectos. Presentada en una cuidada edición, la única en castellano, como ya hemos señalado, es una obra imprescindible para quien quiera conocer el origen y la importancia de la literatura médica y filosófica que se generó a los largo de los siglos en torno a la melancolía.